

Santiago, Marzo 17 de 1972

Su Ems. Cardenal  
Don Raúl Silva Henríquez  
PRESENTE

Estimado don Raúl:

Le agradezco su carta del 3 de Marzo en la que responde negativamente a la invitación que a nombre del Comité Organizador del "1er Encuentro de Cristianos por el Socialismo" le formulara por carta y posteriormente en forma personal en su casa habitación. Aprecio la sinceridad y franqueza con que me ha hablado. Quiero también responderle con la misma sinceridad.

Sin duda, el contenido doctrinal de su carta merece de mi parte, una reflexión respetuosa y profunda. He preferido hacer dicha reflexión junto a los miembros del Secretariado de Cristianos por el Socialismo, no sólo porque la carta de Ud. en cierta medida los afecta, sino porque en este caso he actuado en representación de ellos.

Hemos consultado también a sacerdotes que por su formación filosófica y teológica podían ayudarnos a dilucidar las cuestiones doctrinarias. Se le dirigirá por lo tanto una respuesta común.

Sin embargo, no quisiera dejar de señalar en esta carta mi desacuerdo con su interpretación del Encuentro al que Ud. atribuye ser "una reunión política, con el deseo de lanzar a la Iglesia y a los cristianos en la lucha en pro del marxismo y de la revolución marxista en América Latina". Ciertamente no es esa la intención de los organizadores del Encuentro, ni tampoco se desprende del Documento de Trabajo a que Ud. alude. En la introducción del Documento se dice explícitamente que en este momento de la historia se percibe la "necesidad de detenerse un instante en el trabajo para intercambiar experiencias, reflexionar teológicamente, darse apoyo mutuo y coordinar una acción comprometida junto a trabajadores, obreros, campesinos, estudiantes". Es sólo esa pues, la intención de la Comisión Organizadora y no la que Ud. le atribuye.

Sin embargo, resulta indudable que si un grupo de cristianos (católicos, protestantes, sacerdotes, religiosas, y laicos) se reúnen para reflexionar sobre la



situación injusta de América Latina, la liberación de los oprimidos, el comportamiento de los cristianos en la lucha política y la incidencia de la fe en este proceso, esa acción de reunirse, tiene una inevitable repercusión política (como lo tuvo en máximo grado la Conferencia Episcopal de Medellín). Pero resulta también evidente que si en este contexto se tilda de Encuentro de "político", esta palabra lleva un significado bastante diferente del sentido restringido de toma del poder mediante partidos y movimientos políticos, que Ud. parece usar en su carta. El Encuentro no está dirigido a propagar una determinada ideología ni a luchar por los partidos marxistas, (por lo demás si esa fuera la intención se deberían haber elegido caminos más eficaces). Lo que nos interesa, por nuestro compromiso, es la liberación del pueblo, y ésto, como una exigencia de nuestra fe. Además, como queda claro en nuestro Documento, no pretendamos tomar el marxismo como un dogma. Pensamos sin embargo, que él ofrece valiosos instrumentos científicos para entender y transformar la realidad social, sobre todo en América Latina. Creemos que este método de análisis no es algo fijo, de una vez para siempre, sino que debe ser corregido y rectificado continuamente. Precisamente ese aporte que en su carta Ud. pide de los cristianos, puede ser, junto con la de muchos hombres no cristianos, la de ensanchar y profundizar aquellos aspectos en que el marxismo de los textos o de los partidos se muestre cerrado, estrecho o inadecuado.

Una cosa es creer en Jesucristo como la única liberación total de los hombres, y otra cosa no opuesta a la anterior, se refiere a los instrumentos humanos de una liberación socio-económica que no es ajena a la liberación de Cristo ni la agota.

Supuesta la respuesta colectiva, paso enseguida a comentar el párrafo final de su carta.

Me acusa Ud. de estar destruyendo la Iglesia. Esta acusación es grave y me imagino que Ud. antes de hacerla habrá medido el alcance exacto de sus palabras. Me extraña, eso sí, que estando Ud. convencido de mi acción destructiva y siendo responsable de la buena marcha de la Iglesia de Santiago, no haya tomado hasta ahora medidas eficaces para impedir esta obra destructora. Mi extrañeza es tanto mayor cuanto sólo una semana antes de su carta, tuvimos ocasión de hablar larga y sinceramente sobre mi trabajo, problemas de la Iglesia, actuación de los 80 sobre el encuentro mismo. Si Ud. tenía tales acusaciones contra mí, creo que era ése el momento de manifestármelas. Por mi parte, tengo la conciencia tranquila. La Jerarquía episcopal



es parte muy importante de la Iglesia pero no es toda ella. También son Iglesia los cristianos de izquierda que se sienten moralmente obligados a luchar contra estructuras sociales y económicas injustas, por lo mismo no cristianas, y para eso, sin renegar un ápice de su cristianismo y de su adhesión a la Jerarquía, se unen a los que efectivamente buscan cambios concretos y promueven el socialismo que crea condiciones para la liberación integral del hombre. Confiamos con nuestra presencia y participación, lograr que este socialismo haga realidad la esperanza del pueblo y no se deshumanice. Alentar a sinceros cristianos en esta obra de justicia y de amor por el pueblo es destruir la Iglesia? No lo creo. Más bien estimo que para muchos de estos cristianos, este compromiso ha significado una mejor comprensión de su fe y el renacer de una esperanza. En este sentido pienso que una condenación apresurada y sin matices de estos cristianos, sería dañina para la Iglesia.

A ranglón seguido Ud. acusa a la Compañía de Jesús en Chile (me imagino que no querrá extender su acusación a la Compañía de todo el mundo) de traicionar "los fundamentos más profundos de su propia Institución". Considero que esta acusación es injusta. El cargo que ocupo en el Secretariado de los 80, mi acción personal en el grupo, el esquema de trabajo que redactamos y que Ud. tan prolijamente ha criticado, no son cosa oficial de la Compañía en Chile. Más aun, es probable que la mayoría de los jesuitas, por razones que no es necesario detallar, no están de acuerdo con muchos de mis planteamientos. La Obediencia, como muchos la entienden hoy día, no es pasividad, dependencia infantil, sino aceptación de las normas generales dadas por la autoridad religiosa y, dentro de estas normas, búsqueda, discernimiento, actividad creadora, iniciativa. No puede hacerse responsable a mi Provincial de un documento que no conoce, por la sencilla razón de que no consideré necesario mostrárselo. Se trataba no de un documento público, sino de un guión de trabajo, y no era algo personal mío sino fruto de la reflexión de varios miembros del Secretariado, junto con sacerdotes pertenecientes a movimientos de otros países de América Latina. El que el Provincial me haya hecho confianza y, como otros Provinciales (en el Secretariado hay religiosos que no son jesuitas), no me haya impedido participar activamente en el grupo de los 80, no significa que él asuma la responsabilidad de este movimiento de sacerdotes y laicos, ni que está de acuerdo con todas nuestras afirmaciones y tomas de posición. Simplemente confía en mí como sacerdote y respeta mi conciencia sacerdotal y cristiana como respeta la de otros jesuitas que piensan y

actúan de distinta manera. Por eso, culpar al Provincial y a la Compañía de mi modo de proceder -mejor sería decir, de nuestro modo de proceder- me parece excesivo e injusto. Tanto más cuanto que el Provincial no ha sido informado por Ud. de todo este asunto y no tenía porqué suponer que su desacuerdo con respecto a nosotros era tan grande que nos consideraba destructores de la Iglesia. Ni siquiera recibió mi Provincial copia de la carta que Ud. me dirigió; copia que, en cambio, Ud. consideró conveniente mandar a todos los obispos de la Conferencia Episcopal de Chile. Insisto, por tanto, que ni el Provincial ni la Compañía tienen que ver en este asunto y es injusto acusarlos.

Varias veces en su carta Ud. me trata de "amigo". Sinceramente no entiendo qué alcance le da a esta palabra a no ser que para Ud. no sea sino una palabra más. Amistad significa mucho más cosas, entre otras, afán de comprender, lealtad. Su carta no demuestra ninguna especial comprensión: de a un guión de trabajo un valor que no tenía, argumenta en base a omisiones (lo que es siempre un argumento débil), condena sin matizar suficientemente, presupone intenciones, etc. En este momento no puedo dejar de recordar el presupuesto con que San Ignacio comienza el libro de los ejercicios espirituales:

"Se ha de presuponer que todo buen cristiano ha de ser más pronto a salvar la proposición del prójimo que a condenarla, y si no la puede salvar, inquiete cómo la entiende, y si mal la entiende, corríjale con amor; y si no basta, busque todos los medios convenientes para que, bien entendiéndola, se salve" (N°22Ej.Esp.)

Respecto a la lealtad, no creo que sea muy leal el procedimiento de haber enviado copia de su carta a todos los obispos (carta que se podía suponer personal en los párrafos que me atañen) incluso antes de habérmela dirigido a mí. En efecto, me enteré de su respuesta por un obispo; luego llegó el original a mis manos. Me parece que hubiese sido mas respetuoso de su parte, llamarme antes de condenarme tan tajantemente, manifestarme sus discrepancias, temores, etc. Así se podía haber evitado algo que si hace todavía más público puede escandalizar y herir seriamente a muchos cristianos. Con todo, Don Raúl, prefiero creer que este procedimiento se debió a la premura de su viaje a Roma, que le impidió comunicarse personalmente conmigo.

Esto es todo Don Raúl. He respondido con la misma franqueza que Ud. reiteradamente enfatiza en su



carta. No le puedo negar la tristeza que siento al constatar que Ud. no nos acompaña en este Encuentro. Hubiésemos querido verlo allí, como lo hemos visto en tantas posiciones valientes junto a los trabajadores, junto a los que luchan por una mayor justicia. Espero que logremos superar esta quiebra personal, que no se rompa la estima y el deseo de trabajar juntos en esta tarea que nos viene de Cristo.

Que el Espíritu de Cristo nos ilumine para que en estas circunstancias que nos dividen, sepamos encontrar la unidad profunda y real de la Iglesia y para que nuestra fe se haga obra de justicia y amor en la liberación del hombre, para el bien de nuestra sociedad y la transparencia evangélica de la Iglesia.

Encomendándome en sus oraciones,

Gonzalo Arroyo S.J.

PATRIMONIO UC